

fácil que á los mendigos encontrar alimento y abrigo; no me intereso gran cosa por las bestias que merodean por el campo al rededor de las viviendas, y que se alimentan con los restos que se desperdician en toda casa, suficiente á menudo para alimentar, no ya como sobras sino con un puesto en el hogar, á un hombre hambriento.

Esto sentado, claro es que la parcialidad no me llevará á exagerar los méritos de una gata que llegó á comer durante cierto tiempo muchas cosas que no constituyen la alimentación habitual de los gatos. Con el impulso que lleva á aumentar los beneficios, la gata se creyó con derecho á ser remilgada y golosa, abusó de ello y se hizo caprichosa, y, como se le permitía la elección, llegó á desdeñar lo que antes recibía con gratitud.

Sometida á ese régimen prosperó mucho: su pelo se hizo lustroso, su cabecita antes flaca se redondeó, y se sintió coqueta; pero nótese que si se habituó á la buena comida, no así á la familiaridad: una caricia era siempre para ella la cosa inesperada de que parecía no juzgarse digna, y con servilismo cómico se empeñaba en conservar las distancias.

Esta pobre bestia, que desfallecía de alegría cuando se le pasaba la mano, debía enamorarse fácilmente, y, en efecto, se prendó de un gatazo gris, flaco, feo, con ojos feroces, con esos ojos de fuego que subyugan á las mujeres tiernamente necias como mi gata, y esto me dió ocasión de observar en ella sentimientos en que entraba la piedad, la fidelidad, la bondad, un sentimiento, en fin, verdaderamente humano, lo que no quiere decir un sentimiento de hombre.

Acordándose de las privaciones pasadas, la gata pensaba en evitar el sufrimiento del hambre á su seductor, lo que era una manera harto práctica de mostrar su afecto, y para ello reservaba la mejor tajada del bofe de su ración, lo cogía entre sus dientes y salía en busca de su amigo; pero el tunante, que debía de ser un saco de malicias, no siempre rondaba en busca de su bella,

y entre tanto la gata recorría todo el jardín y saltaba las tapias lanzando un llamamiento quejumbroso algo sofocado por el regalo que llevaba en la boca.

En su angustia ridícula y lastimosa era reproducción exacta de la enamorada que acude sola á una cita, y que va de la ventana á la puerta, inspecciona el horizonte y se desespera en su inútil ternura. Mi gata sufría positivamente por no poder obsequiar á su amigo tres veces diarias.

En tal situación, véase lo que ideó la ingeniosa bestia: enterró en el jardín el trozo de bofe que paseaba inútilmente, y por la noche, cuando comparecía el perillán, desenterraba el regalo que aquél despachaba en menos que canta un gallo.

La gata tuvo dos gatitos blancos y negros como ella, y fué una madre incomparable; jamás se cansaba de divertir y mimar á sus hijuelos. Al amor maternal debió el conocimiento, no sólo de las complicaciones del sentimiento, sino también de las del pensamiento.

Nada hay tan alegre y juguetón como un michino: los ingleses aconsejan la presencia de los juegos de los gatos jóvenes como un remedio para el *spleen*. Los de mi gata eran muy listos: subían á los sillones; intentaban trepar á los árboles, y á lo mejor caían al suelo como pelotas elásticas; corrían dando infinitas vueltas y volteretas persiguiendo un papel, una hoja ó una cinta, y parecía que la fatiga les era desconocida. Uno de ellos era comilón, no pensaba más que en comer y pasaba gran parte del tiempo buscando cosas comestibles, y como carecía de experiencia, iba adquiriéndola sin cesar. Acercábase á pasito menudo á unos geranios rojos como carne cruda, tomaba graciosamente la flor con su patita redonda, olía y, dudando aún, hincaba el diente, hasta que el engaño le hacía rechazar bufando el bocado engañoso. Olía los caracoles, y retrocedía espantado cuando el bicho feo y biscozo extendía los cuernos. Entonces, dominado por el pesimismo, se alejaba, convencido, sin duda, de